

Sobre el Islam

Jacob Burckhardt

Tomado de Burckhardt, Jacob. *Juicios sobre la historia y los historiadores*. Buenos Aires, Katz, 2011. Pp. 60-66.

Título original de la obra: *Historische Fragmente, 1865-1885*.

<http://kat-echonxx.blogspot.com/2012/10/jacob-burckhardt-sobre-el-islam.html>

“La tendencia general de nuestro espíritu es concluir que a los grandes efectos subyacen grandes causas; y, en este caso particular, que tras la obra de Mahoma estaría la grandeza de su autor. Cuando menos, uno quiere concederle a Mahoma que no fue un impostor, que tomó su rol en serio, etc. Sin embargo, es posible que semejante conclusión sea errónea y que se confunda con grandeza lo que no era más que poder. En esta instancia, son sobre todo las cualidades inferiores de la naturaleza humana las que son puestas en plena evidencia. El Islam es la victoria de la mediocridad, y la gran mayoría de la humanidad es mediocre (los admiradores actuales de Mahoma se elogian a sí mismos por ser mediocres). O la mediocridad es voluntariamente tiránica: ama imponer su yugo sobre los espíritus que son más nobles. El Islam intentó privar a los antiguos y nobles pueblos de sus mitos, a los persas de su Libro de reyes y durante mil doscientos años ha prohibido, de hecho y por la fuerza, a poblaciones inmensas la escultura y la pintura.”

21. Mahoma y el Islam

Un pueblo capaz de soportar las privaciones, dotado de una viva inteligencia y de una inmensa dignidad individual y nacional debía ser convocado a adoptar una nueva fe y, en nombre de esta fe a establecer su dominación sobre una gran parte del mundo.

Existía en Arabia una enorme variedad de religiones: junto a todos los matices del paganismo, existía una antigua creencia en Alá; además, tribus judías y cristianos de distintos orígenes estaban establecidos en el país; frente a ellos se encontraban los bizantinos, enfrentados en una disputa interna sobre la naturaleza de Cristo, y los sasánidas, con su religión dualista; los dos imperios tambaleaban política y militarmente.

Mahoma se encontró en presencia de una costumbre particular, la del peregrinaje a la Kaaba, que, desde los tiempos antiguos, determinaba toda la existencia de la Meca. No la convirtió en objeto de odio, ni trató de crear un santuario rival: la antigua Kaaba tan sólo necesitaba una “purificación”. La Piedra Negra se mantuvo como un misterio indispensable.

Aunque la Kaaba y el peregrinaje no tenían una conexión necesaria con su fe, no pudo evitarlos, y se vio obligado no sólo a integrarlos a su sistema, sino incluso a hacerlos el centro mismo de todo el culto. Provisoriamente debió huir de la Meca, pero todos sus seguidores exigieron luego, cada vez con mayor ardor, el retorno a la Kaaba, y, más tarde, su victoria decisiva iba a ser la toma de la Meca. Difícilmente podría haber previsto que, después, el ardiente deseo de ver la Kaaba se transmitiría como por contagio a todos los pueblos musulmanes. Por el momento, Mahoma *prohibió* el peregrinaje a todos los infieles.

Si sólo se hubiera valido de su escasa prédica, habría alcanzado éxitos limitados y pasajeros. Pero a partir de la hégira, propuso constantemente nuevas metas a la multitud de sus adherentes: les prometió, además de la Meca, el saqueo de caravanas

y las conquistas en Arabia con el botín correspondiente; a lo que se sumó, como algo completamente natural, la guerra santa en el exterior, de la que la dominación universal es una simple consecuencia.

Desde el punto de vista personal, Mahoma es un fanático: ésa es su fuerza esencial. Su fanatismo es el de un simplificador a ultranza y en ese punto él es perfectamente auténtico. Es un fanatismo de la especie más dura, la pasión doctrinaria, y es este fanatismo el que, aliado a la banalidad, le permite ganar la victoria, una de las más grandes jamás vista. Todo el paganismo, todos los mitos, todo lo que hay de libertad en la religión, todas las ramificaciones posibles de las antiguas creencias conducen al profeta a un verdadero furor, y llega un momento -y su genio reside en haberlo percibido- en el que la gran mayoría de su nación es evidentemente muy receptiva a la idea de una simplificación extrema de las doctrinas religiosas. Por otra parte, los pueblos que eran entonces atacados quizás estuvieran algo cansados de su teología y su mitología. Desde su juventud, Mahoma pasa revista, con la ayuda de al menos otras diez personas, a la religión de los judíos, la de los cristianos y la de los persas; se apodera de los retazos que le convienen y los combina según su fantasía. Así, en los sermones de Mahoma todos encontraban algún eco de su antigua fe.

Lo extraordinario del caso es que de esa forma Mahoma logró no sólo el éxito durante toda su vida y la sumisión de Arabia, sino que también consiguió fundar una religión universal capaz de subsistir hasta nuestros días y que tiene una opinión muy alta de sí misma.

En esta nueva religión, todo debía ser accesible al entendimiento del pueblo árabe. Es por eso que el Islam tiene el catecismo más simple; los principales elementos son: Unidad de Dios y de sus atributos; Alá no es engendrado ni puede engendrar; las revelaciones de los profetas Adán, Noé, Moisés, Cristo y Mahoma, éste como el último de entre ellos, pero hace alusión a un Mahdi [el enviado que se espera de Alá]; decretos irrevocables de Dios, de allí el fatalismo (que Mahoma llama “sumisión”), que es de una eficacia estimulante para las aspiraciones de los árabes; ante una contrariedad, se dice “*Mektub*” [estaba escrito]; Ja creencia en los ángeles, basada en la anterior creencia en las *devas*, los *djinns* y las *peris*; inmortalidad y Juicio Final, Cielo e Infierno (“El paraíso se encuentra bajo la sombra de las espadas”); ley moral, preceptos de todo tipo, entre ellos “No mentirás” (la mentira estaba reservada al profeta); a estos preceptos se suma la ley civil del Corán, que está siempre en vigor; por último, la oración, el ayuno y el peregrinaje.

Independientemente del valor absoluto que ellas pueden tener, es necesario reconocer que esta religión y las concepciones que conlleva están muy bien adaptadas a la naturaleza humana en cierto grado de su desarrollo intelectual y moral. La devoción genuina, el misticismo y la filosofía *podían*, y lo lograron, incorporarse a esta religión, pero aquello que de más profundo hay en el Islam le viene del exterior.

Haya sido o no según las intenciones de Mahoma, el Islam da a las almas y a los espíritus una forma tal que sólo les permite crear determinados tipos de estados y de civilización, y no otros.

Esta religión estrecha (¿tenía acaso un mejor efecto moral que la idolatría árabe?) destruyó en vastos territorios a dos religiones superiores y más profundas, el cristianismo y el dualismo, porque ellas estaban en crisis. El Islam reina desde el Atlántico hasta bien lejos, hasta la India y China, y actualmente avanza entre los negros. Sólo se podrían apartar del Islam un pequeño número de países, y no sin

grandes esfuerzos. Los estados cristianos que tienen bajo su autoridad poblaciones islámicas han tenido la sabiduría de dejarlas practicar su religión. El cristianismo no tiene ninguna influencia sobre el Islam.

Döllinger piensa sin razón que el Islam contiene “gérmenes de destrucción” [¿no los contiene nuestra Europa?, J. B.] y da las siguientes razones: “El Islam es una religión de *preceptos* fijos e inmutables que abarcan todas las esferas de la vida y traban todo perfeccionamiento [es decir, todo “progreso”. ¿Vive el Islam *porque* él excluye el progreso?, J. B.]; en tanto que productos de un pueblo particular y de un estado inferior de cultura, estos preceptos, a la larga y cuando se transmitan a otras naciones, no pueden más que rebelarse insuficientes y dañinos, y finalmente se quebrarán bajo el peso de las contradicciones que generan y de las exigencias de la vida”.

Por el momento, él ha durado ya un tiempo muy largo, y es por su estrechez misma que se conserva. Los pueblos islámicos, independientemente de cómo les vaya, consideran como una terrible desgracia no pertenecer a esta religión y a esta civilización. En su orgullo, ellos no sienten más que piedad por los no creyentes.

La tendencia general de nuestro espíritu es concluir que a los *grandes efectos* subyacen *grandes causas*; y, en este caso particular, que tras la obra de Mahoma estaría *la grandeza de su autor*. Cuando menos, uno quiere concederle a Mahoma que no fue un impostor, que tomó su rol en serio, etc. Sin embargo, es posible que semejante conclusión sea errónea y que se confunda con grandeza lo que no era más que poder. En esta instancia, son sobre todo las cualidades inferiores de la naturaleza humana las que son puestas en plena evidencia. El Islam es la victoria de la mediocridad, y la gran mayoría de la humanidad *es* mediocre (los admiradores actuales de Mahoma se elogian a sí mismos por ser mediocres). O la mediocridad es voluntariamente tiránica: ama imponer su yugo sobre los espíritus que son más nobles. El Islam intentó privar a los antiguos y nobles pueblos de sus mitos, a los persas de su *Libro de reyes* y durante mil doscientos años ha prohibido, de hecho y por la fuerza, a poblaciones inmensas la escultura y la pintura.

¿Mahoma fue un adivino?, ¿un poeta?, ¿un hechicero? Él no es nada de eso; él es *el profeta*. La crisis de su vida y su religión comienza con la alianza con los árabes que viven fuera de la Meca. Sus adherentes comienzan a emigrar, y en julio de 622 tiene lugar su propia hégira.

22. El despotismo del Islam

Todas las religiones son exclusivas, pero el Islam lo es especialmente y de inmediato devino en un Estado que parecía no ser más que uno con la religión. El Corán es un código religioso y laico.

1. Sus prescripciones abarcan todos los ámbitos de la vida, como lo postula Döllinger, y adoptan una rigidez inmutable. La mentalidad de los árabes impone su estrechez a una multitud de naciones y las transforma para siempre (¡vasta y profunda esclavitud de los espíritus!). Ésa es la fuerza propia del Islam.

2. Al mismo tiempo, la forma que adopta su imperio universal, así como la de los estados que se separan de él, no puede ser otra que la de una monarquía despótica. El fundamento y el pretexto de toda su existencia, la guerra santa y la eventual conquista del mundo, no admiten ninguna otra forma, y los pueblos sometidos, tales como los bizantinos y los sasánidas, no ofrecen otra tradición que el absolutismo. Y

rápidamente se manifiesta el vulgar “sultanismo”.

Sólo cuando estallan las verdaderas guerras de religión el Islam recupera por un momento algún brillo. Entonces surgen los jefes que viven únicamente para la causa, y la comunidad musulmana se vuelve nuevamente la verdadera señora del Estado (aunque nunca se le permita votar ni elegir). Entonces, como fue el caso de Nureddin, el príncipe no es más que el tesorero de los creyentes, y en las batallas sólo busca el martirio.

No obstante, tan pronto como el impulso desaparece, es el despotismo ordinario el que vuelve a aparecer. El Islam tolera la prosperidad material e incluso la desea, pero jamás da el beneficio de una verdadera seguridad. En ocasiones, él llega a sentir placer por la cultura del espíritu, pero, por otro lado, los preceptos religiosos le trazan límites de los que no puede salir. Este despotismo excluye completamente el progreso moderno de Occidente, bajo sus dos formas: el Estado constitucional y el desarrollo ilimitado del comercio y de la industria. Es así que, contrariamente a Occidente, mantiene su vigor porque evita: 1) la transformación del Estado constitucional en un Estado de masas, 2) la carrera general tras los puestos y el trabajo que no tiene otro objetivo que el disfrute. Sin duda, aprendió en verdad a hacer préstamos, pero si un día llega a rechazar todo el sistema de crédito y se declara en bancarrota, es posible que la mayoría de la población no lo advierta.

23. El Islam y sus efectos

Mahoma muestra bien aquello de lo que es capaz por su manera material de describir el más allá. El Islam es una religión poco elevada, que no apela mucho a sentimientos profundos, aunque puede aliarse con el ascetismo y con el fervor religioso que encuentra de manera ocasional en uno u otro pueblo. Algo muy particular y que no tiene precedentes en la historia de las religiones es el inmenso orgullo que inspira en sus adherentes, el sentimiento de absoluta superioridad en relación con todas las otras, que la vuelven totalmente inaccesible a cualquier influencia: y esto pese a la ausencia de toda verdadera cultura y a la carencia de juicio en la conducta de la vida cotidiana.

El despotismo del Estado -que de los califatos pasó a todos los territorios surgidos de su desmembramiento- tuvo como consecuencia otros rasgos de carácter. Si bien se puede observar aquí y allá un vivo apego por el país, es decir, por el contexto y por los hábitos de la existencia, no existe un verdadero patriotismo, un entusiasmo por el conjunto de la nación o del Estado (la lengua no tiene una palabra que signifique “patriotismo”), lo cual es una ventaja: el musulmán se siente en su casa en cualquier lugar del mundo islámico. Es por ello que un llamado a las armas no se hace en nombre de una patria política, sino únicamente en nombre de la fe, “ed-Din”. El que predica la guerra sabe que únicamente por medio del fanatismo puede convocar a quienes lo escuchan, incluso si el propósito real de la guerra no tiene nada que ver con la fe.

Otras consecuencias del despotismo, al menos en lo esencial, son las siguientes: en todas las actividades se prefieren los caminos tortuosos a los rectos, todo se tergiversa y estira; en lugar de ser sincero y dar las razones reales, lo que se consideraría arrogancia, se recurre a los cumplidos y a las intrigas para alcanzar el objetivo; en todos lados desconfían los unos de los otros; el móvil por excelencia, el egoísmo, apunta menos a los honores y a las distinciones que al dinero y a la

ganancia; ningún reconocimiento por los beneficios recibidos.

Entre las causas de la esclavitud en el Islam se cuenta, en particular, el sistema del harén, que no podría existir sin eunucos y sin servidores negros, que, sin embargo, reciben mejor trato que los negros empleados hace mucho tiempo en las plantaciones americanas. El eunuco es el mejor amigo de su señor, es temido por las mujeres que buscan el favor de este último. Los “esclavos domésticos” negros son tratados como los niños de la casa y tienen un rango muy superior al de sus camaradas árabes, también sirvientes domésticos, los “chadams”.

La prueba más fehaciente del poder que ejerce el despotismo del Islam es el hecho de que pudo aniquilar todo el pasado de los pueblos que se convirtieron al islamismo: costumbres, religión, manera de ver las cosas y de imaginarlas. Y llegó a este resultado tan sólo inculcando en ellos un nuevo sentimiento de superioridad religiosa que fue más fuerte que todo y que los llevó hasta el punto de *avergonzarse* de su pasado.